

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORIAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

## EL PURGATORIO.

Miseremini mei, misere-  
mini mei, saltem vos amici  
mei.

JOB. XIX. 21.

Refiere S. Mateo que los apóstoles se dedicaban una noche á su oficio de pescadores en el mar de Galilea, y cuando con mayor afán tendían sus redes, fueron sorprendidos por su divino Maestro que caminando sobre las aguas como sobre sólido pavimento se acercaba á la barca. Los pescadores se llenaron de temor, creyendo ver un fantasma. Dióse á conocer el Maestro, y San Pedro saltando del barco, se arrojó al mar yendo al encuentro de Jesús. Al principio caminaba con intrepidez, pero luego comenzó á sumergirse, y lleno de temor, clamaba diciendo: Señor, sálvame. *Domine salvum me fac.*

Si ahora preguntamos porqué

San Pedro se sumergía, mientras el Salvador caminaba con pié firme sobre la movediza superficie del mar, quizá se nos dirá que San Pedro era un hombre, y Jesús era el Dios Omnipotente á quien obedecen sumisos los elementos. Respetemos esta explicación, pero escuchemos la ingeniosa intepretacion de un erudito comentarista. Jesucristo nuestro Señor andaba sobre las aguas sin peligro de naufragio porque siendo sante, inmaculado, inocentísimo no llevaba el peso de ningún pecado; pero San Pedro naufragaba, hubiera perecido sin el auxilio de Jesús, porque llevaba el peso del pecado, á lo menos de pecado venial, pecado de infidelidad ciertamente que Jesucristo le echó en cara, diciendo: Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado de mi poder?

Ahora escuchad: El cielo está rodeado de un mar, semejante al cristal, como se expresa el Apocalipsis. Hay que surcar este mar peligroso para llegar á las beatíficas playas de la gloria. Llegarán felizmente los que á imitación de Jesucristo no lleven el peso del pecado; los que como San Pedro vayan cargados con alguna culpa, siquiera sea venial, caerán en lo profundo de ese mar de fuego que se llama Purgatorio, donde son detenidas las almas que saliendo de este mundo con alguna mancha, necesitan purificación, ó que no habiendo satisfecho plenamente en esta vida las deudas contraídas por sus pecados, necesitan pagarlas en aquel lugar de la expiación.

Allí están quizá nuestros padres, nuestros amigos, nuestros parientes, nuestros bienhechores, y desde lo profundo de aquel piélago de dolores claman tristemente, y nos piden auxilio como San Pedro á su divino Maestro diciendo: Salvadnos, salvadnos, que perecemos. O con estas palabras de Job: Tened piedad de nosotros, tened piedad, al menos vosotros nuestros amigos. Debemos por mil títulos tenderles una mano compasiva para sacarlos de aquel fuego devorador que los atormenta y consu-

me. Comprenderéis la intensidad y extensión de estas penas y tormentos, cuando consideréis conmigo en estos breves momentos que *el Purgatorio es el lugar de la expiación, el lugar de los deseos, y el lugar del olvido.*

Creo firmemente que tendereis una mano compasiva á las almas detenidas en el Purgatorio cuando consideréis con el ojo limpio de la fé *este lugar de tormentos*, lugar de expiación por medio del fuego. Los Santos Padres enseñan unánimes esta doctrina que ningun católico puede negar sin menoscabo de su fé y sin detrimento de su conciencia.

San Agustín afirma que las almas del Purgatorio sufren la pena del fuego y que este fuego no se diferencia del que padecen los condenados en el Infierno. *Eodem igne torquetur damnatus et purgatur electus* (1). Hay una gran diferencia entre uno y otro fuego, por razón del tiempo, ó de su duración, y consiste en que el fuego del Purgatorio tendrá fin, mientras el fuego infernal durará eternamente.

Conviene advertir que este fuego del Purgatorio no es como el fuego de la tierra que tantos servicios presta á los hombres, y

(1) Apud Segn.

tantos estragos causa cuando el hombre abusa de su terrible poder, ó cuando Dios se vale de él como instrumento de su justicia para castigar nuestras rebeliones. Este fuego es material; pero el fuego del Purgatorio es mas activo, por cuanto está como espiritualizado, á fin de que pueda obrar sobre las almas, de suyo impasibles. Por lo cual dice el Profeta que el Señor *lavará las manchas de los hijos de Sion con espíritu de juicio y con espíritu de ardor* (1). El fuego de la tierra ha sido creado por Dios para servicio y utilidad del hombre como todas las criaturas; pero el fuego del Purgatorio ha sido encendido por el eterno juez para castigo y expiación del pecado. *Ignis succensus est in furore meo* (2). Fuego devorador que invade hasta lo mas íntimo de las potencias espirituales, como ha sido encendido por el soplo de Dios, y siempre arde con nuevos ardores, alimentados por la ira divina, hasta que sea lavada toda mancha y extinguida toda deuda, *in spiritu iudicii, et in spiritu ardoris*.

(Se continuará).

#### Consejo de Felipe II en sus últimos momentos.

Este gran rey, terror de los he-

rejes, y modelo de reyes cristianos, estando próximo á morir, dijo á su sucesor Felipe III: *Si tienes verdadero deseo de que en tus reinos florezca la paz, sé devoto del Rosario*.

El Rosario es la cadena de oro que une á la tierra con el cielo, á las naciones con Dios, autor y conservador de las sociedades. El Catolicismo cuya mas sublime y hermosa síntesis es el Rosario, sabe hacer de los reyes verdaderos padres de los pueblos como Felipe II, y de los pueblos naciones tan sábias, tan prósperas y tan gloriosas como la España del siglo XVI.

El liberalismo cuya última palabra es la secularización universal, esto es, *la paganiización* de la sociedad, la abolición total y absoluta de la Redención, todo lo corrompe, lo deshonra y lo degrada. Por eso tocamos el último límite del rebajamiento moral y material.

#### Un buen ejemplo.

Era un día festivo. Felipe II, con motivo de una grave urgencia salió de Madrid para el Escorial. Una de las mulas del coche cojeaba por haber perdido una herradura. Detúvose en Galapagar. El cochero pidió permiso al

(1) Isai 4.

(2) Deut. 32.

rey para herrar la mula, y el rey apeándose del carruaje, le dijo: *Antes hay que hacer otra cosa* y él mismo se dirigió á casa del señor Cura para obtener el permiso de que el herrador trabajase en día festivo.

Tal es el rey cristiano: el primero en cumplir la ley de Dios, fuera de la cual no hay en los que mandan fuerza ni prestigio, ni en los que obedecen, sumisión, afecto ni reverencia.

---

#### VARIEDADES Y NOTICIAS.

---

##### *Gluck y el Rosario.*

Uno de los mas célebres compositores de música que han existido es el ilustre Gluck, quien se distinguió por su fidelidad en rezar el Rosario. Esta devoción le preservó de la influencia irreligiosa del filosofismo que en aquella época invadía la sociedad con la cual se veía de continuo precisado á mezclarse en el curso de su larga y brillante carrera. Lo mismo que un gran número de artistas famosos, el gran compositor aprendió los primeros elementos de su arte bajo las bóvedas de una venerable basílica. Un día, cuenta su biógrafo, dos pobres hombres condujeron al preboste de la catedral de Viena un niño pálido y delicado, solicitando que lo admitiese en su escuela. El niño estaba dotado de las bellas cualidades del corazon y del espíritu. Tenía una voz tan hermosa, de una expresión tan pura que cada vez que cantaba, la catedral se llenaba de una in-

mensa multitud que le escuchaba con admiración. Un día que el jóven Gluck habia cantado una antifona á la Santísima Virgen con mas perfección que de costumbre, al salir de la iglesia vióse detenido por un santo religioso que le dijo: «Hijo mio, acabas de hacerme derramar lágrimas de alegría. Siento mucho no poder darte una prueba de mi reconocimiento por el placer que me has dado, pero toma estos rosarios, y guárdalos como un recuerdo. Si no puedes rezarlo entero todos los días, reza al menos una parte: si fueres fiel á esta práctica, te aseguro que serás tan querido de Dios que algun día llegarás á ser verdaderamente grande delante de los hombres.»

Desde este momento Gluck fué fiel en rezar el Rosario. Su familia era tan pobre que no podia proporcionarle los medios para continuar sus estudios, pero el jóven, sin descorazonarse, continuó, la piadosa costumbre. Una tarde llamaron á la puerta de su pobre habitacion. Era un director de coros, que estando encargado de recoger las obras de Palestrina en Italia, venia á buscar á Gluck para llevárselo consigo y hacerle acabar sus estudios tan felizmente comenzados. Desde este momento hizo rápidos progresos, pero jamás dejó de ser fiel á sus deberes religiosos y á sus prácticas de piedad. En medio de las fiestas, de las diversiones, veíase al ilustre compositor dejar cada noche la sociedad y buscar algun lugar retirado para rezar allí con recogimiento su Rosario. Y cuando, despues de una larga y gloriosa carrera, la muerte vino á llamar á su puerta, le en-

contró pronto rezando su rosario hasta el último suspiro.

— — —  
*Consoladora ceremonia.*—En estos últimos días ha ingresado en el seno de la comunión católica un alemán domiciliado en Valencia, que profesaba los errores de la secta evangelista, llamado Villiam Martini.

En la mañana del 29 del pasado tuvo lugar en la iglesia parroquial de San Sebastian en la villa de Puerto-Real el acto solemne de recibir las saludables aguas del bautismo D. Augusto Thuiller Bradshaw.

— — —  
*Efectos de la confesion.*—En el tribunal de la Penitencia le ha sido entregado á D. Antonio Gil, sacerdote de Cartagena, la cantidad de 2.000 pesetas para que las restituya á su legítimo dueño.

### La Leyenda del Amor.

— — —  
 Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa; vulnerasti cor meum. (Cant. IV. 9.)

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo voy á narraros la *Leyenda del Amor*.

La leyenda que cantan los dulcísimos conciertos de los ángeles en la gloria de Dios.

Es una historia que palpita en lo más secreto de las almas escogidas; suspira como brisa divina entre las flores del pensil celestial, y en místicos arrobos eleva el alma á lo más alto de los cielos para sumergirla en el abismo de la hermosura y caridad de Dios.

### I.

Allá en la vasta extensión de Francia hay un pueblo humilde llamado Paray-le-Monial y en el pueblo un monasterio de Salesas, célico jardín cuyos aromas, recogidos por las auras del Eden, llegan como incienso de agradable olor al trono de la Divinidad.

El Señor tiene sus complacencias en el monasterio de Salesas de Paray; en él palpita su divino Corazón atraído de los místicos aromas de la mas pura, de la mas fragante, de la mas delicada de las azucenas que en él florecen.

Cuando el divino Esposo viene á ella, los ángeles del santuario, al compás de las arpas y salterios, entonan himnos á la caridad.

En aquellas horas de celeste abandono los dos Amantes, con la suavidad de la mirada, se hablan del dulce sentimiento de su amor, y la ola de este amor se hincha, y crece, y rompe al fin el dique de los labios, y salta y se derrama en deliciosa cascada de palabras inefables.

Cada palabra es un poema de ternura. Para oirlas enmudecen los ángeles sus melodías, y temblando de emoción se edifican oyendo las inefables confidencias de aquellos dos Corazones.

A veces la voz del Esposo hiere más blandamente los oídos de la esposa, y ésta languidece; otras veces desfallecida de amor se reclina en brazos del adorado amante, y con voz entrecortada balbucea:

—Si me quieres con vida, Dueño mío, dame un tálamo de espinas y regálame en él con las sublimes dulzuras de la cruz.

La cruz!

Es el bello ideal de la virgen herida de amor.

El Señor al escogerla entre mil la dió la cruz en arras y se la puso en la cuna.

Desde entonces, como débil yedra, abrazada con la cruz trepó á lo alto, entrelazó sus débiles ramas con los robustos brazos del árbol santo y bendijo el apoyo que levantándola del suelo la libraba de arrastrarse por el cieno.

La cándida azucena del místico jardín de las Salesas; la casta esposa tan dulcemente herida del amor; la yedra débil tan tiernamente abrazada con la cruz, se llama Margarita.

Los prados de la tierra no vieron otra igual.

## II.

—Cuán largas son las horas que no trascurren para mí en tu adorada presencia, Jesús Esposo mio; cuán largas son las horas! Qué breve será la eternidad contemplando tu hermosura!... Cuán bien está el alma suspirando junto á tí!... Quién me diera estar eternamente prosternada y adorándote aquí donde los hombres te tienen olvidado! Oh! si me fuese dado amarte por todos los que no te quieren!... Corazon, corazon mio! si no me sirves para amar á Jesús cuánto quisiera, para qué me sirves?

Así, con la frente en el polvo, postrada ante el tabernáculo, en dulcísimas quejas se exhala y en ternísimos afectos se derrite el alma de la esposa, y sus enamorados arrullos llegan al Corazon del Esposo.

Jesús no resiste al puro amor que llama.

## III.

—Arrullo de paloma llega á mis oídos venido del desierto; arrullo de paloma enamorada que llama á las puertas de mi pecho. . . . .

Misteriosa, vaga, dulcísima armonía, que penetrando el alma la llena de célica delicia, resuena en el Santuario.

Mil espíritus bienaventurados que velan el tabernáculo, pulsán cítaras de oro en derredor de la esposa.

Margarita se extremece de inefable dicha, y su corazón, hallando estrecha la cárcel que le aprisiona, late descompasado queriendo romperla para poder á su gusto palpar.

Es tanta la delicia que la inunda; es tan suavemente fuerte lo que siente, que oprimida del peso de la felicidad pierde las fuerzas, y lo mundano y lo corporal desaparecen á sus ojos como las vaguedades del ensueño se disipan al despertar.

La misteriosa, etérea, dulcísima armonía que llena los ámbitos del santuario, va haciéndose mas etérea, y misteriosa, y dulce, hasta que se pierde y se estingue en el infinito, como el pío de la alondra se extingue y se pierde en el espacio.

La esposa solo tiene vida para suspirar, y en cada suspiro evoca un Nombre... un nombre solo...

Y al evocarlo, tiembla de ignoto placer, de emoción desconocida. Placer y emoción aumentan, aumentan como las olas de la mar azotadas por el viento, hasta que Margarita pierde el dominio de sí misma, y piensa tal ver haberse

convertido en suspiro, que vaga entre las flores donde sestea el Amado, para arrullarle el sueño.

## IV.

Cuyos son los brazos que la reciben blandamente, y la elevan del suelo, y la dan vida nueva? Cuya es la voz que llega á sus oídos, en la que vibra la infinita ternura del infinito amor?

El divino Esposo invita dulcemente á la esposa á penetrar en el nido regalado de sus immaculados amores.

Margarita languideciendo suspira y balbucea:

—Dónde te escondías, Jesús de mi corazón; dónde te escondías que no llegaba á tus oídos la voz de tu pobre sierva?

## V.

Las arpas celestiales enmudecen y los ángeles estremecidos de placer baten las alas, mas leves que las del céfiro, y con ellas se cubren el hermoso rostro, mientras los dos Amantes confunden en una sus miradas; Jesús con indefinible delicia, Margarita con sublime adoración.

Y Jesús la dá á contar los latidos del divino pecho y ella derrama allí la fragancia de su alma pura.

Margarita no sabe si está en el cielo ó en la tierra; pero qué le importa si sabe que está en brazos de Jesús?

El divino Esposo acerca ambas manos al sagrado pecho, y lo abre por aquella parte que lo abrió, no tanto el hierro de Longinos, como el fuego de la caridad de Dios.

Aquellas llamas de inextinguible amor, que penetran hasta lo mas íntimo del

alma de la esposa y en cierto modo la divinizan, se derraman como aguas desbordadas por los ámbitos de la tierra, arrastrando cuantos diques se les oponen; purifican el mundo de las escorias del pecado y al purificarle lo abrasan en el amor divino.

Oh! cómo de dicha y de gratitud suspira la enamorada esposa!...

Y mientras suspira una voz suavísima salida de lo íntimo del pecho de Jesús, la invita á poner la mirada en el mar sin orillas de las aguas del amor.

Y la pobre criatura se confunde, y se anonada, y se ma ravilla de no morir viendo en aquel sagrario un Corazón real y verdadero, un Corazón de carne, palpitando con fuerza creadora y despidiendo en cada latido oleadas de bienaventuranza y vida que inundan los cielos y la tierra; un Corazón en el cual está encarnada la infinita caridad de Dios.

Y mientras la absorta Margarita abisma la mirada y con entusiasmo y avidez crecientes registra los adorables secretos de tan divina hermosura, Jesús la dice con regalado, ternísimo acento:

—Hay en mi Corazón tanto amor por los hombres y singularmente por tí, que no pudiendo contener las llamas de la caridad en que arde, necesita darlas salida para que se derramen por la tierra y la inflamen. Tú, Margarita, vas á ser el instrumento de que eche mano para enriquecer á los hombres con los inagotables tesoros de mi Corazón. Miralos; mira aquí las gracias de santificación y salud que son menester para sacar al mundo del abismo en que ha caído.

Dicho lo cual, el fino amor de Jesús,

queriendo proteger á Margarita, la arma de un escudo impenetrable.

Viéndola protegida por este escudo, Satanás no osará tocar con sus preéitias manos la delicada sensitiva y marchitarla; el espíritu de la envidia no se atreverá á empañar con su aliento inmundado aquel cristal tan puro.

Jesús la dá el escudo de la humillacion.

—Para que sea evidente, le dice, que ésta empresa es obra mia, te escogí para llevarla á cabo, en vista precisamente de tu indignidad y de tu ignorancia.

Jesús guarda unos instantes misterioso silencio.

Registrando Margarita con avidez, y creciente admiracion, y entusiasmo los hasta entonces impenetrables secretos del Corazon divino, suspira y la dá gracias de haberla humillado; tanto por ser verdad lo que acaba de oír, como porque gusta de la humillacion mas que de las incomparables delicias del éxtasis en que el Esposo la tiene arrobada.

Con suavísimas lágrimas, que brillan en sus ojos como gotas de rocío en el cáliz de una campanilla azul; con encendidos afectos que exhala su virginal corazon, como exhala su fragancia el lirio de los valles, canta al amado de su alma un poema de amor y de ternura en la sublimidad del silencio.

Mas enamorado Jesús de aquel ser tan digno de su eleccion, dulcificando el ya tan tierno acento, la dice:

—Prenda de amor voy á pedirle á mi paloma.

—Habla, Bien mio; porqué tardas? Qué quieres de tu pobre sierva?

—Qué puedo querer de Margarita, como no sea su corazon?

—Bien sabes tú, Jesús de mi vida, bien sabes tú cuantos años ha que te pernece... Pero puesto que sabiéndolo me lo pedis, permíteme suplicarte que lo tomes, y que al tomarle, lo dejes inútil para cualquier otro amor que no sea el tuyo; para vivir cualquier otra vida que no sea tu vida; para elegir cualquier otro regalo que no sea tu cruz....

Y el Esposo de las almas puras abre el costado de Margarita, mete la mano en el pecho virginal, le quita el corazon y lo sumerge en el volcan de caridad que arde en el suyo.

La esposa languidece.

Es harto débil el aliento de la humana vida para sobrellevar el peso de tanta dicha.

Pero Jesús quiere que viva. Por eso la sostiene, y la fortifica, y la dá á ver el corazon que le ha quitado, como un átomo incandescente perdido en la inmensidad del amor de su divino Corazon.

Cuando se lo devuelve ya no es corazon sino llama que arde con los fuegos indescriptibles, nunca imaginados, de la caridad mas bella, mas sublime, mas perfecta.

Margarita ama á Dios como lo aman los querubines; está en cierto modo divinizada; vive la misma vida del Sagrado Corazon. Suspirar es ya poca cosa para desahogar, siquiera por un momento, el infinito cúmulo de la felicidad que la oprime.

J. P.

(Continuará.)